

El diablo capitalista

JORDI SEVILLA

EL MUNDO, MERCADOS, 4 de Abril de 2010

Dicen que el mayor triunfo del diablo es convencernos de que no existe. De igual manera, uno de los mayores éxitos del capitalismo es habernos (casi) convencido de que su lógica económica responde perfectamente a la naturaleza humana siendo, por ello, el “modo natural” de organización de la sociedad. Tras la quiebra moral y material del comunismo, se ha quedado sin alternativas globales lo que ha arrastrado al basurero de la historia no sólo cualquier intento de organizar la economía sobre bases diferentes, sino, incluso, aquellas propuestas de reforma profunda del mismo que, sin alterar su “esencia”, permitieran una “presencia” más acorde con principios éticos de justicia social.

Hoy, después de que cierto capitalismo de casino nos haya llevado a la mayor crisis económica de los últimos setenta años, incluso las propuestas de refundación efectuadas por un líder conservador como Sarkozy, se disuelven en el aire al poco de ser pronunciadas. Y sin embargo, el sistema capitalista tiene fallos profundos en su funcionamiento actual que deberían ser corregidos para mejorar la eficiencia y el bienestar colectivo. Además, la ideología en la que se basa no es más real que un cuento de hadas del que, no obstante, se pueden extraer moralejas interesantes.

Quizá por ello, cuando queremos entender la esencia de lo que nos pasa, reflexionar sobre el sistema en su conjunto, su dinámica y sus contradicciones lógicas evidenciadas mediante una profunda crisis que

no es un “cisne negro” sino un problema sistémico, tenemos que seguir recurriendo a tres autores con más de cien años de antigüedad: A. Smith (siglo XVIII); C. Marx (XIX) y J.M. Keynes (principios del XX), a pesar de lo mucho que en apariencia han cambiado las cosas de la economía mundial. Mi lectura sobre Smith destacaría su interés en investigar las causas del crecimiento económico y en combatir aquello que represente un freno al mismo. Su análisis sobre los factores que impulsan el desarrollo, como son la especialización, la ampliación del mercado y la competencia, chocaban con los postulados fisiócratas que aprendió en la Francia prerrevolucionaria que visitó como tutor del hijo del duque de Buccleuch, así como con el mercantilismo estatal impulsado por la aristocracia inglesa del momento. En realidad, su desconfianza hacia el Estado –que es una de las cosas que nos ha quedado de su valiosa aportación – debe entenderse, en realidad, como un ataque a ese Estado mercantilista del último feudalismo que, en su época, se elevaba como un freno real a la libertad de mercados que necesitaba el crecimiento económico del primer industrialismo burgués. Mayor actualidad debería tener su advertencia sobre las tendencias naturales del empresario a confabularse contra el interés público, en ausencia de restricciones que solo pueden provenir de un Estado liberal.

Por su parte, en el análisis sobre la dinámica del capitalismo efectuado por Marx, habría que destacar su teoría de las crisis como parte intrínseca del propio funcionamiento de un sistema que convierte a la propiedad privada de los medios de producción en la quintaesencia de su ser. Mientras que en el feudalismo es la posición social hereditaria quien determinaba el poder y la riqueza, en el nuevo sistema capitalista las relaciones se alteran y es la riqueza hereditaria la que determina la posición social y el poder. La estructura económica se convierte, así, en

el corazón del entramado social, siendo el Estado una pieza más que garantiza la propiedad privada como motor del crecimiento, aunque con ello se provoque, también, desigualdades sociales que explican los ciclos económicos y las crisis recurrentes.

Keynes se separaría de Smith en su crítica al Estado y de Marx, entre otras cosas, en su ataque a la propiedad privada. Es el perfecto reformista al entender la lógica real del sistema por encima, o por debajo, de los supuestos teóricos que lo definen en los libros y propugnar cambios radicales en lo accesorio para mantener la esencia del modelo. Así, para Keynes, los individuos no se comportan de acuerdo con los supuestos de racionalidad enunciados como hipótesis por la teoría. Sobre todo en una crisis profunda donde, por otra parte, tampoco se cumple que el todo no es más que la suma de las partes. Para él, existe un comportamiento agregado que es distinto, en aspectos importantes, del individual y, con ello, hay espacio para una lógica colectiva representada por el Estado que difiere de la privada y, gracias a ello, actúa de contrapeso cuando una recesión hunde las expectativas de beneficio de la propiedad privada, bloqueando cualquier decisión de consumo o inversión.

Así, entre los tres, cada uno subido a hombros del gigante anterior, nos ayudan a entender, todavía hoy, los problemas de funcionamiento dinámico de nuestro modelo económico. Aportando un enfoque que integra las relaciones económicas como una parte más del devenir social, en una legítima economía política. Para entender y no solo para narrar lo que pasa. Luego, según se ponga los énfasis, se harán lecturas liberales o socialdemócratas de las cosas, como hemos hecho

Lorenzo Bernaldo de Quirós y yo mismo, en el libro “¿Mercado o Estado?, dos visiones sobre la crisis”, que acabamos de publicar.

¿Qué dirían Smith, Marx o Keynes ante la recesión española? ¿Y ante las adicionales 54 medidas anunciadas esta semana por el Gobierno para salir de la misma? ¿Verían proporcionada la magnitud del problema, una crisis del modelo económico que empobrece al país reduciendo su competitividad, con la levedad de las propuestas? Seguramente, pedirían una estrategia orientada a recuperar el crecimiento, reformar las reglas relativas a la propiedad privada (regulación, impuestos) y esperarían del Estado una actuación contracíclica que trajera confianza a los agentes económicos en lugar de estériles debates sobre optimismos y patriotismos de cartón, con cuatro millones de parados.

No tengo opinión clara sobre el diablo. Pero creo firmemente que el capitalismo existe y que, a pesar de todos sus avances relativos respecto a otras formas de organización social, está lejos de ser perfecto por lo que la mejor actitud ante él es la reforma permanente.